



HISTORIAS DE LA CÁRCEL

VIDA Y VIVENCIAS DESDE EL
MÓDULO DE AISLAMIENTO

Roberto Vaquero

HISTORIAS DE LA CÁRCEL

VIDA Y VIVENCIAS DESDE EL
MÓDULO DE AISLAMIENTO



Primera edición: diciembre 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Roberto Vaquero

ISBN: 978-84-18958-86-1

ISBN digital: 978-84-18958-87-8

Depósito legal: M-35630-2021

Editorial Adarve

C/Ros de Olano

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Quiero dedicar este libro a todos los que compartieron conmigo esos días difíciles y a día de hoy siguen a mi lado.

También quiero hacer una mención especial a Julián por ayudarme en este nuevo proyecto de creación literaria.

Prólogo

Este enero de 2021 se han cumplido ya cinco años de los hechos que viví y que me dieron la experiencia y la perspectiva para afrontar la realización del presente libro. En él se han mezclado tres de las cuestiones que más me interesan: los relatos cortos, la política y la crítica social, lo cual hace que de mis libros este sea con diferencia el que más he disfrutado al escribirlo.

Muchos de mis amigos y compañeros me animaron a que emprendiera este trabajo u otro con distinto formato, pero con similar intención. En un principio, lo rechacé una y otra vez de forma categórica. No tenía tiempo y además no me apetecía recordar ciertas cosas.

Pero llegó un momento en que, por mí mismo, decidí empezar a escribir algún relato denunciando la situación de los presos en el sistema penitenciario español. Una cosa llevó a la otra y poco a poco fui dando forma al trabajo que ahora el lector tiene en sus manos.

No quería que con el paso de los años se me fueran olvidando detalles e historias: cuanto más tiempo pasara, más lejos estaría de poder realizar este libro. Así que decidí darle estructura y ponerme a trabajar en serio. La experiencia que viví me sirvió para madurar y progresar. ¿Por qué no iba a compartir con los demás una parte tan importante de mi vida?

Todas las historias que narro están basadas en mis vivencias y en las de los que me acompañaron en mi recorrido por los módulos de aislamiento de Soto del Real y Estremera. A la mayoría de los

protagonistas les he cambiado el nombre y las historias están noveladas, a pesar de que estén basadas en hechos reales.

La intención de este libro es mostrar al lector que no todo es como lo pintan en la televisión o en los telediarios y que aquellos que afirman que la cárcel en España es como un hotel en el que tienen hasta televisión gratis se equivocan y que es importante que reflexionen y se documenten bien antes de decir tamañas falsedades.

El sistema penitenciario, como todo en general, tiene un carácter de clase: los ricos pueden comprar su seguridad, su calidad de vida e incluso librarse directamente de la condena. A los demás nos toca pagar de otra forma. En la cárcel se puede apreciar a simple vista quién tiene dinero y quién no y las repercusiones que esto tiene.

Aparte, la cárcel es un negocio redondo para el Estado, de explotación y abusos. No quiero adelantar acontecimientos y que mis relatos pierdan impacto, pero sí diré desde ya que no he visto reincidencia en la cárcel. El sistema penitenciario no funciona. He visto muchas cosas, pero no reintegración en la sociedad.

Mi intención es mostrar la realidad, lo que viví desde pequeñas celdas en los módulos de aislamiento, mostrar los conflictos y dificultades a las que se ve sometido un preso desde distintas ópticas: desde la perspectiva del novato, del veterano, del amigo, del abogado, del familiar... Hay tantas y tantas cosas que contar.

Describiré cómo son las visitas, los horarios, las cabinas, la comida, las drogas, los ordenanzas, los islamistas, los nazis, las peleas, los funcionarios, el argot y muchas más cosas, pero, sobre todo, la naturaleza indoblegable de muchos presos ante la injusticia y la opresión.

En España hay presos políticos; yo fui uno de ellos y compartí calvario con muchos otros. Todos los Estados niegan la existencia de los mismos, pero los tienen. Para ellos somos criminales, pero su perspectiva o discurso represivo no reflejan la realidad.

He escrito diecisiete relatos para este libro. Todos se pueden leer de forma independiente, pero el lector puede empezar por

donde quiera: el orden que le he puesto es por gustos personales.

Empecé a escribir el libro de forma abstracta, mostrando lo que quería reflejar de la realidad a través de historias noveladas ficticias, pero con el tiempo terminé escribiendo sobre mis propias historias sin ocultar quién las había vivido. Creo que esto le da un punto más al libro: al lector también le gusta la realidad y, en mi opinión, no es necesario edulcorarlo todo. Los protagonistas de los relatos en ocasiones se entrelazarán y compartirán historias, también veremos las mismas vivencias desde distintas ópticas; la concepción de la realidad cambia mucho según desde que visión se mire.

En la parte final del libro hay un glosario con todos los términos que aprendí y utilicé durante mi estancia en la cárcel. Los he usado en los relatos y creo que es importante facilitar al lector la comprensión de términos a los que es posible que no esté acostumbrado.

Así mismo, he decidido hacer un anexo en el cual mostraré las dos cartas que escribí nada más salir de la cárcel: una sobre nuestro caso, montado por luchar contra el Estado Islámico en Siria e Irak, y otra sobre la situación privilegiada de estos en las cárceles españolas. Como el motivo por el que me mandaron a prisión preventiva fue este, voy a añadir un relato que escribí sobre la guerra en Siria contra el ISIS.

Espero que este libro sea del agrado del lector. Para mí es especial. Estoy compartiendo uno de los momentos más complicados de mi vida, pero a la vez, posiblemente, el suceso que más me cambió, fortaleció e hizo que hoy sea como soy. Por último, quiero dar las gracias a todos lo que me apoyaron y siguieron conmigo después, a los que siempre están ahí cuando los he necesitado.

Diálogos de injusticia

Llevo más de quince años como periodista, he sido reportero de guerra en tres conflictos: Segunda Guerra del Golfo, Siria y Ucrania. Siempre me he preocupado por cuestiones sociales y he visto mi profesión como un aporte a la lucha contra la injusticia, pero a veces me encargan trabajos que no me gustan en absoluto.

Nunca me gustó hacer crónicas deportivas, ni hacer reportajes con la línea y contenido prefijados por el clientelismo del periódico hacia determinados políticos en puestos de poder. Hacía un mínimo de seis años que no me encargaban ninguna de estas cosas. Cuando vas cogiendo experiencia y prestigio, puedes elegir en lo que quieres trabajar.

A mí me gusta hacer trabajo de campo y escribir como columnista de opinión, pero, como ya he dicho, a veces me toca hacer cosas que no me gustan.

Esta era una de esas ocasiones: tenía que ir a entrevistar a Germán, un preso de los llamados *sociales*, es decir, no políticos, que llevaba más de treinta años internado. Se había hecho famoso de tanto tiempo que llevaba dentro. No quería el reportaje, pero me lo dieron sin posibilidad de renuncia.

Así que me presenté en la puerta de la cárcel de Soto del Real, en Madrid, con mi grabadora negra, mi cuaderno de notas y muy pocas ganas de hacer el trabajo. Eran las ocho de la mañana. Tenía que llegar pronto para solucionar todas las formalidades antes de la hora concertada. Ya me habían avisado de que los funcionarios

no estaban muy contentos de que nos hubieran dado el permiso e iban a molestar todo lo que pudieran y más.

Así que allí me planté, con mi cara de sueño, mi traje marrón de hacer entrevistas y una camisa que me apretaba por todas partes. Nunca le di mucha importancia a la vestimenta, en mi vida cotidiana siempre iba en vaqueros o en chándal, pero mi jefe me obligaba a ir *bien vestido* a este tipo de trabajos.

Me sentía encorsetado e incómodo para realizar el trabajo, no le veía sentido por ninguna parte, sobre todo teniendo en cuenta que la única imagen de mí que iba a salir en el reportaje era una foto de carnet que poco tenía que ver con cómo iba ahora.

Un funcionario con cara de malas pulgas me dio la bienvenida y me llevó a una salita donde esperar a que el jefe de seguridad se reuniera conmigo para realizar las formalidades requeridas para poder realizar mi entrevista con Germán.

Habían pasado al menos cincuenta minutos cuando un hombre corpulento, con bigote denso y de unos cincuenta años, se asomó a la puerta de la salita y me dijo que le siguiera. Qué poca gana tenía de estar escuchando la perorata que me iba a soltar...

Resultó ser el jefe de seguridad de la cárcel.

—Buenos días, señor...

—Mendoza, soy Javier Mendoza —dije interrumpiéndole mientras hacía el gesto de darle la mano—. Soy el periodista de *El Mirador*.

—No me gusta ese periódico, es de progres antiespañoles.

La cara de asco arrugando la nariz que puso me dio mucha rabia.

—Bueno —hice una pausa—. Yo no lo veo así, ni es progre ni es antiespañol, criticamos a todo el mundo por igual.

—Claro, destapando negocios de la gente de bien y favoreciendo a sindicatos.

—Discrepo, somos críticos con todo el mundo —afirmé con el tono más conciliador posible.

—Entonces ¿por qué no le hace la entrevista a alguien como yo? ¿O al director? Nosotros podemos contarle la realidad de aquí mejor que nadie. ¿Por qué entrevistar a un criminal que solo produce gasto a todos los españoles? —dijo enfadado golpeando la mesa con la palma de la mano derecha—. A saber lo que dice ese criminal de nosotros y del sistema penitenciario.

—Con todos los respetos. Usted no sufre las condiciones en que vive él, usted trabaja y luego se va a su casa a seguir con su vida. Creo que no es comparable. Su visión es más interesante que la suya o la del director.

—¿¡Cómo!?! —gritó enfurecido golpeando de nuevo la mesa.

—Mire, yo solo hago mi trabajo, tengo el permiso para entrevistarme con él; así que, si hace usted el favor, me gustaría poder realizar mi trabajo sin que me moleste nadie.

—¡Tenga mucho cuidado con lo que dice! Aquí no nos gustan los listillos —dijo señalándome con el dedo en señal de advertencia mientras se levantaba.

El funcionario, con la cara enrojecida, no cabía en sí de rabia. Me miró fijamente y continuó.

—Acompáñeme y ni se le ocurra molestarme —afirmó sin dejarme hablar—. Ya sabe las reglas, se las dijeron cuando pidieron los permisos. Si de mí dependiera, no estaría aquí. Como se haga el listillo, va a tener consecuencias. Le vamos a estar vigilando.

Mientras lo seguía, iba pensando en lo estúpido que me parecía; era el típico intento de policía frustrado que no había llegado a ser

tal y pagaba su frustración con todo el mundo. Era un acomplejado con una mentalidad reaccionaria y medieval, lo cual no era lo más adecuado para trabajar con gente que vivía una situación tan dura, como aquellos a los que las circunstancias habían enviado a la cárcel. Estaba muy claro que la empatía no era el punto fuerte de estos funcionarios de prisiones.

Recorrí largos pasillos y un par de patios amplios hasta llegar al módulo 3 de aislamiento, lo que en jerga de la cárcel se llamaba el *chopano*. Destacaba por estar más separado del resto. Los otros módulos parecían, a pesar de la separación de unos y otros, más cercanos. Este se encontraba, valga la redundancia, más aislado y separado que el resto.

Por el camino había visto a presos trabajando. Luego me enteré de que a la mayoría no les pagaban nada y a los que sí cobraban tan solo recibían una miseria por un trabajo esclavo de más de 60 horas semanales. Además, era obligatorio si querían que la junta aprobara permisos, el tercer grado o la condicional. Tenían que pasar por el aro.

En ese momento, empecé a plantearme lo que luego confirmaría: el sistema penitenciario español es un negocio construido sobre el sufrimiento humano. No existe la reinserción, solo la represión y la explotación económica.

Entramos en el módulo. La seguridad en él era mayor que en el resto de la cárcel. Nada más entrar, nos encontramos a un carcelero sonriendo que, en cuanto nos acercamos, gritó:

—Ya está aquí el *periolisto* que viene a blanquear a esta escoria.

Ni le contesté, no dije nada. Pude ver rápidamente que el nivel moral y de inteligencia general de los carceleros era muy similar en todos los casos. Pasé el control de seguridad y me dirigieron a las cabinas en las que los presos podían hablar quince minutos a través de un cristal con sus familiares cada sábado. En esta ocasión, sería conmigo y me habían autorizado para veinticinco minutos.

Tras unos minutos de espera, por el otro lado de la cabina trajeron a Germán. Le conocía por las fotos que me había facilitado

mi jefe. Tras sentarse en su lado de la cabina, le cerraron con llave.

Me encontré sentado ante un hombre de mediana edad, taciturno, de aspecto cansado; sin embargo, tenía en los ojos un brillo que desentonaba con lo demás, un brillo que mostraba que aún no se había rendido a las dificultades de su vida, que todavía no estaba acabado y seguía luchando por salir adelante. Cogí el teléfono de la cabina con el que nos podíamos comunicar y él, tras unos segundos de espera, hizo lo propio.

—Buenos días, Germán. Soy Javier Mendoza, del periódico *El Mirador*—dije tras carraspear de forma leve, justo después de poner la grabadora a funcionar y preparar mi cuaderno de notas.

—Son buenas tardes ya. Son más de las doce —repiqueteó los dedos sobre la repisa.

—Lo siento, la culpa ha sido de los carceleros. Me han entretenido con sus protocolos y demás —dije con total sinceridad.

—Me alegro de que los llame por su nombre. Mucha gente les llama *funcionarios*, pero lo que son no creo que quede reflejado con ese título —afirmó esbozando una leve sonrisa—. ¿Qué tal le han tratado? —preguntó antes de que me diera tiempo a contestar.

—Pues la verdad es que muy mal. No entiendo cómo pueden tratar así a alguien.

—Ja, ja, ja —rió cambiando su expresión—. Y eso que no es usted un preso indeseable con menos valor que un *perro*.

—Sí, me han sorprendido para mal. No me imaginaba que la cosa fuera así; además, he visto que es algo general —cogí mi bolígrafo con la mano derecha y me puse a jugar con él.

—Yo, en todos los años que llevo preso, nunca he conocido a un carcelero que se comportara de otra manera. La persona que quiere tener esta profesión en un sistema como el que vivimos ya

dice mucho de cómo es. Además, aunque haya alguien diferente, por presión de grupo, termina igual.

—No sé yo —dije sin mucho convencimiento, ya que en realidad me lo creía a pie juntillas.

—Me parece que la lección de realidad de hoy le hace creérselo —su risa debió de llegar hasta al funcionario.

Las cabinas eran muy agobiantes, estaban sucias, se las veía muy viejas y desvencijadas. El calor era horrible dentro de ellas, las gotas de sudor se me iban resbalando por la cara y, para colmo, los teléfonos por los que nos comunicábamos no es que funcionaran muy bien, parecía que eran de los años ochenta.

—¿Cuánto tiempo llevas en la cárcel? —pregunté para cambiar de tema.

—Llevo en el *dalego* desde el año ochenta y cinco. Treinta y cinco años en prisión. Entré con dieciséis.

—¡*Hostias!* —se me escapó—. No recordaba que antes se podía entrar con dieciséis años en la cárcel en España. Son muchos años. ¿Qué hizo?

—Robar, y no me avergüenzo. Pasaba necesidades, mi situación era insostenible y robé en un supermercado —enderezó la pose—. La *pestañi* me pilló en plena huida.

—¿Pero cuántos años te cayeron? —pregunté sorprendido.

—Cinco.

—Entonces, ¿por qué llevas tanto aquí?

—Me buscaron juicios en la cárcel. Una vez que entras, no es fácil salir cuando no tienes nada, no conoces a nadie y no tienes ni abogado. En los *módulos de hombres*, la ruina te busca y te encuentra —hizo un gesto con la cabeza señalando a los carceleros—. Los funcionarios tampoco es que ayuden mucho a que puedas evitar meterte en líos. Le pasa a todo el mundo.

—¿*Módulos de hombres*?

—Es como se les llama aquí a los módulos conflictivos.

—Pero ¿y los programas de reinserción?

—Los programas de reinserción consisten en que pases por el aro y contribuyas al negocio. Y, aun así, no te garantizan nada. Al poco de llegar, yo hacía ese tipo de trabajo, evitaba problemas e intenté empezar a estudiar. Pero los problemas me los encontré en mi galería, en mi propio *chabolo* —señaló con el índice hacia abajo—. Me intentaron robar con un *pincho*, hubo problemas, me defendí y por ello tuve mi primer juicio dentro de la cárcel. Me cayeron tres años más.

—¿*Chabolo*? —pregunté extrañado. Había leído sobre jerga de la cárcel, pero no recordaba el término.

—Sí, es la celda. En la jerga de la cárcel se le llama así.

—¿Y cómo fue el juicio para que te cayeran tres años más?

La conversación me estaba interesando como no pensé que llegaría a hacerlo.

—Pues como todos aquí. Calculan cuánto es la pena máxima que tiene el supuesto delito y alguien tiene que pagar. Al que ellos decidan, se le mete la pena —se encogió de hombros y dijo mostrando las manos—: Total, para ellos aquí solo hay delincuentes.

—¿Y cuántos juicios así has tenido?

—En total seis; este que te he dicho y cinco más, todos por problemas con carceleros. Así que imagínate la garantía judicial —dijo con un breve amago de sonrisa falsa, como de resignación.

—Vamos, un juicio pantomima, un montaje de toda la vida.

—Seis montajes.

—Te han arruinado la vida. No sé dónde queda la famosa reinserción en la sociedad —dije mirándole a los ojos con profunda tristeza.

Pocas veces he sentido más indignación ante una injusticia como en esta conversación con Germán. Cuanto más me relataba su historia, más me afectaba. Gracias a él, me di cuenta de la realidad que viven miles de personas en España.

—Mira, te voy a decir las cosas claras. La cárcel es un negocio. Aparte de los setenta euros que da el Estado por preso al día, ten en cuenta todo el dinero que hacen.

—¿De qué dinero hablas?

—Hablo del dinero que sacan del *peculio* de los presos, de las llamadas de teléfono mediante tarjetas y del trabajo en esencia esclavo al que obligan a los presos a realizar si quieren obtener ventajas, por ejemplo, salir antes de cumplir toda la condena. Hablo del tercer grado, de la condicional, etc. Ten en cuenta que tienen el monopolio de la venta y el trabajo en la práctica les sale casi gratis. Un verdadero chollo —hablaba de forma acelerada. Se notaba que le ardía en lo más interno de su ser.

—Tienen muy engañada a la gente con el tema de la cárcel.

—Desde luego.

De repente sonó un golpe en la cristalera que tenía detrás. El carcelero gracioso de la entrada ahora estaba con rostro serio diciéndome que la entrevista había llegado a su fin, que me fuera despidiendo. Las formas de este tipo me ponían negro. A saber lo que haría con los presos que no tenían forma de defenderse ni denunciar los malos tratos recibidos.

Pocas veces he cogido tanta manía a alguien como en este caso, en una sola tarde, a estos funcionarios de prisiones. Qué despotismo, qué altanería...

Miré a Germán y empecé a hablar de forma acelerada.

—Germán, tengo doce permisos aprobados para venir a verte, cada semana, para escribir sobre el *buen trato* que se da a los presos en las cárceles españolas.

—Entonces me temo que no volveremos a vernos —puso una mueca triste.

—No, de hecho, todo lo contrario, quiero decir la verdad y ayudarte con tu caso. No publicaré nada hasta que terminen todas las sesiones.

—Hay muchos más temas que debemos hablar. Por ejemplo, el *trapicheo* de drogas, sobre todo el de *pastis* y *farlopa*; todo con el consentimiento y la colaboración de los funcionarios. También deberíamos hablar de cómo es la vida aquí y otras cuestiones. Hay muchas historias que contar.

—Estoy deseoso de escucharlas. Tenemos un convenio y no pueden dar marcha atrás porque sí. Es una oportunidad única — dije elevando la voz.

—Desde luego, para mí lo es, Javier —volvieron a oírse toques en el cristal.

Cogí mi grabadora, guardé mi bolígrafo en el bolsillo, cogí el cuaderno, cerré la tapa, miré a Germán a los ojos y le dije: «Volveré el próximo sábado, amigo». Di la vuelta y salí de la cabina. El asintió con una sonrisa, que en esta ocasión sí era sincera.

Los carceleros me estuvieron diciendo tonterías hasta que salí. Les ignoré de tal forma que ni me acuerdo de qué me dijeron.

Cuando llegué fuera, tuve una sensación que era una mezcla de rabia, pena y tristeza. Reflexionando mientras volvía a casa, me prometí que cumpliría mi palabra con Germán, lo discutiría con mi jefe y le obligaría a cambiar la orientación del reportaje.

El lunes me presenté en el despacho del redactor y se lo expuse a las claras. Al principio, se mostró reticente, no por miedo a nada, sino por el esfuerzo que se había hecho para conseguir las autorizaciones a través de actores sociales y presiones políticas. Sabía que cuando se publicara, nos iban a vetar y se perdería la oportunidad de poder seguir haciendo cosas del estilo en cualquier centro penitenciario.

Pero en cuanto insistí, me dio la razón. Por algo éramos uno de los pocos periódicos independientes y críticos que había en España. Pero me puso la condición de que lo expusiera al equipo al completo y que lo decidiéramos entre todos.

Mis compañeros, en cuanto expuse los hechos, cerraron filas conmigo. Estábamos dispuestos a dar la batalla. ¡Qué orgulloso me sentía!

Seguiría con mi plan y al sábado siguiente allí estaría, en la puerta de la cárcel de Soto del Real, o como la llaman los presos ironizando de lo mal que se vive allí, *Soto del Relax*. Estaría haciendo lo que debía hacer como periodista y como persona crítica y concienciada. Pero eso es otra historia y la contaré en otra ocasión.

Puñaladas

En las últimas semanas se mascaba un ambiente enrarecido en la galería, no sé si era porque estaba entrando el verano y hacía más calor; si los problemas personales de algún preso habían coincidido con los de otro y se habían alterado los ánimos o si la última incorporación a la galería había sobrecargado el ya precario equilibrio que teníamos. Se podía percibir que algo malo estaba a punto de pasar.

Todos los presos éramos veteranos y la mayoría, además, llevábamos tiempo en régimen de aislamiento. (Cuando uno lleva mucho tiempo en la cárcel, suele estar más tranquilo que gente menos experimentada). La nueva incorporación era un colombiano de armas tomar llamado Camilo.

Acababa de llegar en la última *cunda*, desde la cárcel de Estremadura, y, por lo visto, en el módulo de aislamiento intentó pasar con un *pincho* al patio para ajustar cuentas con alguien. Lo pillaron por el detector de metales. Cuando un preso es conflictivo y hace cosas como estas, lo suelen mandar a otra cárcel lo antes posible para quitarse de problemas.

Con la reciente incorporación, la galería estaba completa: nueve celdas para nueve presos: Un camerunés, Joseph, que hacía secuestros exprés; un gallego famoso por apuñalar a gente en la cárcel; un italiano, Luigi, de la camorra, que se dedicaba a realizar encargos de *fin de contrato*; dos madrileños butroneros; un serbio, ladrón de guante blanco; un marroquí traficante; un servidor, que era alunicero, y el nuevo fichaje, Camilo, que se dedicaba a cuestiones

relacionadas con la trata de blancas. Éramos un nutrido grupo de lo más conflictivo en Soto del Real, un auténtico hervidero que parecía a punto de explotar.

—¿Se sabe algo del nuevo, chicos?

—Nada, Joseph, no da señales de vida y los dos primeros días no ha salido al patio —contesté tras acercarme a la ventana.

—Es raro que no dé señales. Ayer estuve llamándole a ver qué se contaba. Me huele mal, chicos —Joseph golpeó la pared de la celda dos veces, nadie respondió.

—*Una brutta cosa* —dijo una voz con un inconfundible acento napolitano desde la celda de mi derecha.

—¿¡Verdad que sí, Luigi!?! —a Joseph no le dio tiempo a decir nada más. De repente, escuchamos el sonido de la ventana de la celda de Camilo, que se abría en ese momento.

—¡Cállense, *gonorrea hijueputa!* ¡*Huevones malparidos!* —solo se entendieron los dos primeros insultos. Toda la retahíla que soltó después era indescifrable. Era obvio que estaba muy drogado.

Ahí me expliqué por qué no daba señales de vida. Las drogas campaban a sus anchas en la cárcel. Incluso en el módulo de aislamiento, cuando alguien va muy colocado, es normal que esté como un zombi en su celda, sin salir. Era algo muy normal, pero Camilo había hecho algo que causaba conflictos inmediatos en estas circunstancias: mentar a las madres de los demás. Aunque parezca ridículo para alguien que está en libertad, aquí dentro es una invitación para pasar a mayores en toda regla. Había desencadenado a los *perros de la guerra*...

—¿¡Cómo!?! —chilló amenazador Joseph. Su voz se oyó de forma clara por encima de la del resto de presos que le estábamos diciendo de todo menos bonito a Camilo—. ¡Nadie menta a mi madre! Me lo vas a repetir en el patio a la cara y veremos cuánto vales. ¡*Yonqui de mierda!*

—Chicos, vamos a tranquilizarnos, siempre hemos sido una galería tranq...

—¡Te voy a matar en el patio! ¡Te voy a sacar las tripas! —gritó interrumpiéndome Camilo. La suerte estaba echada, nada disuadiría a Joseph de hacer lo que iba a hacer.

—¡En el patio lo veremos, *mierdecilla!* ¡Sobran palabras! —Joseph cerró la ventana con fuerza, dando un sonoro golpe.

Camilo siguió un buen rato insultando y amenazando al resto de presos de la galería. Para cuando estos se aburrieron y le ignoraron, este todavía continuó solo un rato realizando un monólogo lamentable. Todo el mundo se la tenía jurada. Si Joseph no hacía nada, lo harían los demás.

Por suerte o por desgracia, ya había sido la hora del patio, así que todavía había alguna esperanza de que se calmaran los ánimos. Joseph pesaba lo menos ciento veinte kilos, era enorme y muy alto, mientras que el colombiano apenas llegaba a sesenta, era bajito y delgado. En la cárcel, estos factores no tienen por qué tener ninguna importancia, pero a todo esto había que añadir que Joseph llevaba tiempo en la misma celda, sin traslados ni revisiones, mientras que Camilo acababa de llegar. Las posibilidades de que el camerunés tuviera un arma preparada eran altas, mientras que Camilo es probable que no tuviera nada. La esperanza de este era, sin duda, que Joseph, con el detector de metales, no pudiera sacar ningún arma, pero yo en su lugar no me fiaría: Joseph era *perro viejo* y se las sabía todas.

Al día siguiente, intenté hablar con Camilo, pero volvió a montar el mismo espectáculo que el día anterior; mientras tanto, Joseph no daba señales de vida. Si algo me ha enseñado la vida es que cuando alguien habla mucho, no hace nada; pero si no dice nada y es como si se le hubiera tragado la tierra, cuidado, va a ir a por ti con todo.

Los dos pidieron turno de mañana para ir al patio. Luigi y yo decidimos salir en el mismo, yo por curiosidad y él porque también le tenía ganas a Camilo a causa de sus palabras. Salir al patio por la mañana en esa época del año, en mi opinión, era lo peor que se podía hacer: el calor era terrible, pero tenía muchas ganas de ver qué pasaba.

Mi celda fue la primera en abrirse. Nos sacaban de uno en uno para evitar problemas y poder hacernos pasar por el detector de metales, paso previo al acceso al patio. Todo estaba organizado con puertas automáticas que compartimentaban los espacios y eran controladas desde la *pecera* por el funcionario.

Llevaba un minuto en el patio cuando apareció Luigi. Nos fuimos al fondo para poder observar qué pasaba sin vernos en medio del conflicto desde el principio. Al poco apareció Camilo, nervioso, con evidentes tics por las drogas y apretando con el puño derecho lo que parecía un bolígrafo Bic de plástico. Nos quedamos a una distancia prudencial. Cuando vio que lo ignorábamos, se quedó a la izquierda de la puerta esperando a ver qué pasaba.

Yo sabía que no le habría dado tiempo a adecuarse nada que hiciera las funciones de arma: un boli Bic no representaba precisamente un arma infalible. Estaba en un apuro.

Al minuto, vimos por el cristal que llegaba Joseph con un libro en la mano. Llevaba el *pincho* colocado de forma muy poco estable en la zapatilla, por lo que andaba despacio, pero daba el pego de que nada se salía de lo normal. Desde el patio podían seguirse todos los acontecimientos.

El *pincho* lo había fabricado limando y afilando una pequeña pieza de metal de apenas doce centímetros de largo por tres de ancho. Había realizado el mango con tela, cartón y cuerda. Era muy común la fabricación de este tipo de instrumentos en prisión.

Al llegar al arco, hizo un movimiento con el pie para dejar caer al suelo el *pincho*, le dio una patada para que se deslizara por el lateral del arco y, realizando aspavientos, gracietas y saludos hacia el funcionario, pasó por el arco. Como era de prever, no sonó nada; tiró el libro al suelo haciendo

como que se le caía y se agachó a coger el *pincho*. Al levantarse, le enseñó el libro al funcionario con una sonrisa e hizo gestos dando a entender que era muy torpe. Le abrieron la puerta de acceso al patio.

Todo esto fue posible porque, cuando el preso llega al espacio donde está el detector, antes de la entrada al patio, el funcionario, que se encuentra a unos metros y en otro espacio separado, suele establecer contacto visual directo, pero su visión no es completa, de modo que para alguien como Joseph no fue muy difícil burlar la vigilancia y poder pasar el arma.

Camilo no se dio cuenta hasta que Joseph recogió el arma después de pasar el arco, corrió hacia la puerta y comenzó a aporrearla, gritando para que el funcionario no la abriera, eliminando la última barrera que les separaba. Actuó tarde; el problema se le echaba encima.

Retrocedió unos pasos y nos miró en un claro gesto de petición de ayuda. Por supuesto, no movimos un dedo. Se dio la vuelta para enfrentar lo inevitable. De hecho, nos pegamos a la pared del fondo; en el patio había cámaras y no queríamos que pensarán que teníamos nada que ver.

—¡Vamos, *hijueputa!* —gritó Camilo preparándose para pelear.

Joseph no dijo nada, se fue directo a por él. Camilo intentó zafarse del ataque, realizó un par de fintas con el bolígrafo mientras retrocedía haciendo movimientos en diagonal, pero Joseph embistió como una locomotora y el patio era pequeño.

Cuando la embestida lo alcanzó, le clavó el bolígrafo en el hombro derecho, zona dura, apenas le hizo un rasguño; mientras tanto, con un fuerte golpe diagonal ascendente, Joseph le apuñaló en la boca traspasando el músculo e impactando contra su paladar. La sangre manó a borbotones. Recargó el brazo y repitió el mismo movimiento, pero cambiando el objetivo, golpe ascendente diagonal al bazo. De la fuerza de la puñalada, levantó unos centímetros el cuerpo de Camilo del suelo; este cayó de rodillas, agarrándose la herida que le acababan de infligir. Joseph le golpeó la cara con la tibia derecha, dejándolo inconsciente.

Iba a rematarlo cuando entraron los funcionarios pertrechados con porras, gaseadores, cascos, escudos, chalecos y guantes anti-corte; entraron seis y, sin mediar palabra, atacaron a Joseph. Este estaba fuera de sí, se giró hacia los funcionarios y estos lo gasearon; aprovechando la sorpresa y el impacto del gas, procedieron a apalearle y reducirlo en cuanto cayó al suelo. Se lo llevaron, no sabemos muy bien a dónde. No volvimos a saber nada de él hasta pasada una semana.

Se había buscado la ruina. Se iba a comer una condena de muchos años que se sumaría a las que ya tenía. Le esperaba una buena temporada adicional en prisión. Por supuesto, lo trasladaron de cárcel.

En cuanto a Camilo, lo llevaron al hospital; estuvo a punto de morir. Tampoco volvimos nunca a verle, pues también lo trasladaron a otra cárcel. Después de este incidente, la galería estuvo tranquila por mucho tiempo y no se volvió a hablar de las madres de nadie.